

JACQUES MARITAIN. *El Hombre y el Estado*. Santiago, Chile, Editorial del Pacífico, 1974. 275 p.

Tal como lo señala el prologuista, y el mismo Maritain así lo reconoce, en esta una de las obras fundamentales del escritor francés y una en que la pormenorización de su pensamiento político es más acabada. Escrita

\* Profesor de Historia del Derecho y de Derecho Romano, Universidad Católica de Valparaíso.

hace casi 25 años, *El Hombre y el Estado* se ha constituido en el arma de lucha y, si así pudiere decirse, en la Biblia de la Democracia Cristiana en el mundo entero.

Y es por este mismo motivo que sus errores son más palmarios, más evidentes y más acusados. Maritain en este libro no rectifica la posición sostenida años antes en "Humanismo Integral", sino que reafirma todos sus conceptos, y si en esa obra su pensamiento "personalista" se dibujaba en sus niveles básicos, es en ésta donde encuentra sus perfiles más acabados, por lo menos, en el plano político.

*El Hombre y el Estado* es un libro curioso, como, en general, lo es toda la obra de Maritain. Por una parte expone ciertas doctrinas de Santo Tomás de Aquino en forma relativamente aceptable pero, por otra, la aplicación que pretende hacer de ellas a la realidad es francamente detestable y, lo que es peor, revela subyacente toda una concepción especulativa y teórica que no puede sino producir frutos y consecuencias también detestables.

Ejemplo de lo primero es lo que señala sobre el principio de subsidiaridad (p. 50, 100) y asimismo parece aceptablemente correcta la exposición que hace de la ley natural tanto en su aspecto ontológico como gnoseológico.

El problema se presenta cuando trata de fijar principios sobre los cuales debe sustentarse, en la época en que vivimos, una sociedad que pretenda ser humana. Es aquí cuando el pensador, el filósofo, deja el lugar al utópico, al hombre del mito y de la confusión.

Cuando habla de la soberanía, por ejemplo, hay afirmaciones que pueden interpretarse en sentidos contradictorios y, en general, su falla en este aspecto consiste en no delinear con precisión el fin del gobierno y del poder, las limitaciones propias de su naturaleza, etc. . . Frente a problemas como esos, es secundario discutir si la autoridad viene directamente de Dios al gobernante o si pasa primero por el pueblo. Es confuso también afirmar que la ley debe constituir un orden de razón (p. 131-32) y por otro suponer que el pueblo es prácticamente infalible: "¿acaso el paciente, pesc a que no es un experto en medicina, no prescinde de los servicios del médico cuando está descontento con los resultados de su tratamiento? Con mayor razón, pues, lo hará el pueblo —de cuyo derecho fundamental a gobernarse participan aquellos a los que delega el ejercicio de su autoridad— que, regido por gobierno, lo fiscaliza a su vez como juez inapelable de su gestión administrativa" (p. 98).

A lo transcrito podría señalársele que no necesariamente tiene que ser así. Muchas veces las personas obstinadamente rechazan su bien so pretexto de doloroso. De tal modo también, en la sociedad muchas veces el pueblo no quiere lo bueno y la autoridad tiene que procurarlo incluso

contra la voluntad de la mayoría. Maritain reconoce esta situación, y sostiene que la autoridad debe, en ese caso, proceder contra el querer popular; pero es evidente que dentro del contexto de la obra, tal premisa es contradictoria con la afirmación de que el mismo pueblo es el depositario de la autoridad y que ejerce una fiscalización "inapelable".

El paroxismo de la utopía lo alcanza Maritain cuando habla de la "Carta Democrática", y del acuerdo a que pueden llegar los hombres del mundo moderno sobre una serie de principios de vida en común, manteniendo, no obstante, un desacuerdo especulativo: "los hombres de hoy advierten, más plenamente que en el pasado, aun cuando todavía de un modo imperfecto, un número de verdades prácticas relativas a su vida en común sobre las cuales pueden llegar a un acuerdo, pero que derivan en el pensamiento de cada uno de ellos —dependiendo de sus ideologías políticas, sus tradiciones religiosas y filosóficas, su base cultural y sus experiencias históricas— de concepciones extremadamente distintas, e incluso antagónicas" (p. 109).

Maritain cita el caso de la Declaración Internacional de Derechos aprobada por las Naciones Unidas en 1948 como ejemplo de esta actitud, y sin más afirma la posibilidad de que ello llegue felizmente a encarnarse en la realidad.

Hay una cosa que es cierta. Aparentemente los hombres de un país, sin estar de acuerdo en lo especulativo, lo están en lo práctico y, de hecho, conviven. Pero esto no significa que realmente estén, de modo absoluto, en desacuerdo en lo especulativo. Lo que sucede es que muchas veces se dan nombres diferentes a iguales realidades, o bien que se aceptan implícitamente ciertos principios que no quieren reconocerse de modo explícito. Por otra parte, no pocas veces sucede lo contrario: es evidente que un marxista y un chileno partidario de la Junta de Gobierno entienden de un modo muy diferente lo que significa la "democracia" y es por eso que, a pesar de declararse ambos demócratas, no pueden vivir juntos.

Maritain parte, en sus especulaciones, de la base que le otorga una consideración abstracta de un hombre ideal, inventado por su mente y proyectado a un mundo irreal. De partida, olvida que el hombre concreto, real, de carne y hueso, es un ser "tarado por el pecado original", como señala el Concilio Vaticano II, y que por mucho que se declare de acuerdo con una serie de vagos principios, amén de poder estar mintiendo, siempre tiene la tendencia a violarlos, por lo cual es preciso tomar las prevenciones del caso. Olvida también que, para un comunista, por ejemplo, su ley moral le señala que es bueno sólo lo que ayuda a la Revolución y que todo lo que se encamina a ese objetivo es también bueno, con lo cual, aunque esté de la mejor fe, si hay que mentir para promover la Revolución, así lo hará. A los marxistas nada les cuesta jurar y rejurar fidelidad

a principios libertarios, porque han hecho del principio "el fin justifica los medios", su código moral: creer en su palabra es una muestra imperdonable de la peor ingenuidad.

Otro rasgo utópico lo constiituye su posición frente a lo que él llama "herejes políticos"; esto es, a los que no están de acuerdo con la "carta democrática". En primer lugar hay que tener en cuenta que Maritain propugna un pluralismo especulativo entre los miembros de la sociedad, de modo que no sea obligatorio asentar la vida en común sobre unos mismos principios. Sin embargo de esto, afirma enseguida la imposibilidad de una vida social sin esos principios, por lo cual termina proponiendo su "Carta" como fundamento de esa vida social: una serie de dogmas prácticos en los que todos pueden convenir. Por supuesto, de partida, que la vaguedad de los dogmas es impresionante y bien se puede decir que son un conjunto de frases huècas y de lugares comunes; respecto a la verdad, la inteligencia, la dignidad humana, la libertad, el amor fraternal, el valor absoluto del bien moral (p. 151). Es cierto que estos nombres representan elevadas realidades si se les entiende correctamente, pero, como los comunistas también los propician, es conveniente concretar y definir los términos, ya que ellos solos no bastan.

Nadie sabe cómo se van a poner de acuerdo los ciudadanos que sustentan doctrinas contrarias, pues aunque afirmaren que lo harán a través de elecciones, eso ya implica acuerdo sobre un principio especulativo, cual es el que se pondrán de acuerdo en elecciones. Por otra parte, los principios votados en una elección, pueden ser negados en la siguiente, con lo que, a más de producirse un considerable desorden en la vida social, no hay propiamente principios sobre los que se base esa vida.

En estricto derecho, entonces, atendida la esencia de la doctrina cristiana maritaniana, es absurdo suponer la existencia de herejes. Sin embargo, ellos son posibles porque aunque Maritain no se haya dado cuenta, él exige un acuerdo teórico: todos deben estar de acuerdo con su Carta y con los principios que él afirma y, además y primeramente, todos deben ser "pluralistas", y por eso, la Democracia Cristiana es absolutamente excluyente con los que se atreven a no serlo. ¡Ay del que no sea pluralista y tenga otra visión de las cosas!

Pero sigamos con *El Hombre y el Estado*. Saltándose a pies juntillas todas las anteriores consideraciones, Maritain propone su carta y tilda de "herejes" a los que no estén de acuerdo con ella. ¿Qué hacer con estos herejes?

Contesta Maritain:

El criterio aplicable a cualquier interferencia del Estado en el campo de la expresión del pensamiento ha de ser también práctico, que no ideológico: cuanto más extrínseco sea el criterio con relación al contenido

del pensamiento, mejor. Es demasiado para el Estado juzgar, por ejemplo, si una obra de arte tiene una cualidad moral intrínseca (pues entonces condenaría a Baudelaire o a Joyce); le basta con juzgar si un autor o editor proyecta obtener dinero vendiendo obscenidades. Es demasiado para el Estado juzgar si una teoría política es herética con respecto a la fe democrática; le basta con juzgar —y siempre dentro de las garantías institucionales de la justicia y la ley— si una herejía política amenaza la carta democrática a causa de los actos tangibles en que cristalice o por recibir dinero de un Estado extranjero para subvencionar la propaganda antidemocrática.

Se me podrá objetar acertadamente: ¿pero no es la corrupción intelectual de las mentes humanas, no es la ruina de las verdades elementales, mucho más nociva para el bien común del cuerpo político que cualquier otro trabajo de corrupción? Sí, lo es. Pero también es cierto que el Estado no está preparado para intervenir en las cuestiones de la inteligencia (p. 157).

Realmente impresiona leer errores como el transcrito, y da lástima, a la vez que asusta, pensar que en nuestra Patria se llevaron a cabo y que todavía tienen vigencia en otras partes del mundo. ¿Qué otra cosa es, sino un error por decir lo menos, el papel a que reduce Maritain al Estado en la vida política?: no tiene que preocuparse si una persona quiere corromper una nación con sus ideas, sino sólo si quiere ganar dinero o cristalizar en proyectos antidemocráticos. ¿Qué de raro tiene que una ideología antidemocrática cristalice antidemocráticamente? ¿Con qué derecho se le va a impedir aplicarse cuando se ha fomentado su difusión? ¿Qué es esto de que el Estado no está capacitado para intervenir en cuestiones de inteligencia, sino una solemne estupidez y un agravio injusto? Si el Estado está dirigido por personas, ¿por qué entonces, no pueden ocuparse en estas cuestiones, toda vez que, como lo reconoce el autor, son las más importantes dentro del bien común?

Aceptar la teoría de Maritain es condenar al Estado a una anarquía total, a ser pasto de los demagogos y de los politiqueros. El gobierno de un país tiene grave deber de procurar el bien común, cuya parte más importante la conforman estas cuestiones. Por eso, tiene el deber de promover las sanas doctrinas, las tradiciones nacionales e impedir, por todos los medios, la difusión de las malas que tienden a alterar la paz social y a destruir la convivencia.

La solución que propone el escritor francés es de una ingenuidad rayana en lo inverosímil: "...el cuerpo político, con el sentido de comunidad que normalmente importa, cuenta con la presión espontánea de la conciencia común de la opinión pública, que cuando está firmemente establecida emana del *ethos*, y que es lo suficientemente fuerte para impedir que los herejes políticos asuman la dirección" (p. 159). Creo que el caso de Chile, es suficientemente claro para demostrar hasta qué punto el

filósofo francés es un utópico y un soñador que rompe todos los esquemas.

En general ésta es la impresión que uno se forma al leer *El Hombre y el Estado*: una quimera de punta a cabo que, desgraciadamente trató y trata de ser llevada a la práctica con desastrosos resultados, como no puede menos de ser y que, lo más grave, tiende en virtud de su propia dinámica a traspolarse a otros planos, fundamentalmente al religioso.

Si en el orden político hay que ser pluralista, no se ve por qué no se haya de ser en el religioso: basta de dogmas, de verdades, de jerarquía y de magisterio: todo esto al cofre de los recuerdos. Lo que interesa ahora es buscar un credo común a las diferentes religiones que, por supuesto, es la suma de lo peor de cada una, de los principios más vagos y deletéreos. Y no otra cosa ha venido a ser el progresismo cristiano, que de cristiano tiene muy poco, pues o se afirman las verdades católicas como "las verdades" —que lo son— o se afirma que la verdad está en ese vago credo en que sueñan los románticos de la religión.

De este modo cabe advertir que la doctrina de Maritain es incompatible con la católica por dos razones: una, porque en el orden político preconiza un régimen que no tiene por objeto el bien común, sino una imprecisa "libertad de autonomía" de las personas, en virtud de la cual cada uno tiene derecho a sostener las barbaridades más completas y, por vía de consecuencia, derecho a llevarlas a la práctica; dos, porque el maritanismo, proyectado al plano religioso sobrenatural significa liquidar la Iglesia Católica para rematar en una especie de Consejo Mundial, análogo a las Naciones Unidas, que tiene por objeto real anular la verdadera religión superponiendo a ella esta mixtura de credos que lo único que consigue es volver escéptico a todo el mundo.

El único interés que tiene leer este libro de Maritain, como toda su obra, reside en que así uno se explica la Democracia Cristiana con su funesto efecto de convertir en gelatina todas las bases sólidas sobre las que sustenta la civilización occidental y, asimismo, cómo a través de ella y del progresismo cristiano se ha consumado la pasada de tan alto número de fieles a las filas de los enemigos de la Iglesia y de todo aquello que representa más cabalmente la esencia del Occidente cristiano.

GONZALO IBÁÑEZ S. M.